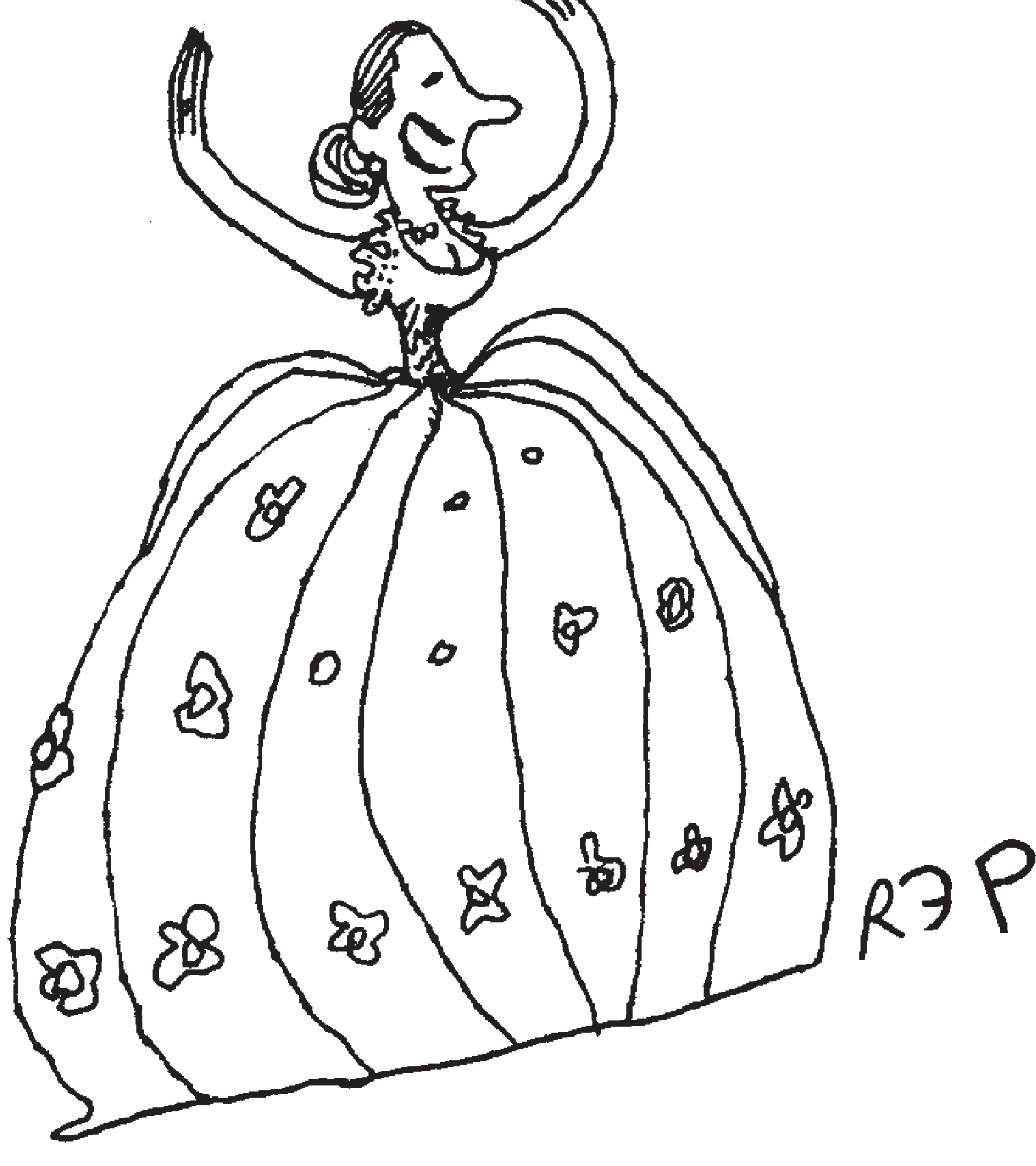
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

13 **Discépolo y el peronismo**



Suplemento especial de
Página/12

Era un poeta de excepcional talento. Era un tipo frágil, con un sentido trágico de la existencia. Se podría decir que era un pesimista, pero un escritor que escribe, aunque escriba acerca de la falta absoluta de sentido de todo lo que existe, aunque sienta que Dios es una ausencia y que el amor se ahogó en la sopa, no es pesimista. Si lo fuera, no escribiría. No escriben los desesperados. Escriben los que creen en decirles a los demás las cosas en que creen, lo que les pasa, sus desengaños, o hacerles saber que todavía hay hendijas por las que se filtra una alegría inesperada, sorpresiva, que da aliento y permite seguir. Una hendija como esas por las que Benjamin decía que el Mesías se hacía sentir en la Historia, que no vendría al final, sino que estaba siempre, que entraba por los quiebres, por esos quiebres que impedían la linealidad de la historia, pero abrían la posibilidad del mesianismo, esos tipos, en suma, no son pesimistas. Creen en algo poderoso. Creen en el arte para el que están dotados. Nuestro poeta era sí. Además, dominaba como pocos el arte de la palabra, hablaba y seducía, hablar era un don con el que encandilaba, con el que encantaba, hablaba rápido, se le atropellaban las palabras, las ideas, pese a la velocidad de su habla, eran más veloces, sólo su gestualidad lograba el empate, entre sus palabras y los malabarismos de sus manos se hacía entender, comunicaba el volcán que él era, porque era eso: un flaco volcánico, un torbellino que duró poco, que se quemó pronto, que se creyó fuerte, puso la cabeza y, en un tiempo de odios extremos, se la cortaron.

No tiene prestigio académico por dos cuestiones: escribió tangos y se hizo peronista. En el *Diccionario de autores latinoamericanos* de César Aira, se mete por la ventana en el apartado que corresponde a su hermano, Armando. Sé que Aira admira a Alejandra Pizarnik, yo también la admiro. Y creo que su talento no era superior al del autor de *Quevachaché*. Era distinto. No sé si el peronismo se merecía semejante poeta, aunque también lo tuvo a Manzi. Pero él, en el mediodía de su esperanza, se hizo peronista, y peronista militante, porque agarró la radio y empezó a desparramar sarcasmos, ironías, un humor corrosivo, que hería demasiado y más todavía en una época de esas que suelen llamarse "electorales", donde todo se pone al fuego, cada palabra bien puesta es un voto. Se trata de Enrique Santos Discépolo. Confieso que hay poemas de este vate popular que admiro hasta la envidia. Que, al leerlos por primera vez, siendo muy jovencito, me quitaron la respiración. Que la certeza del paso de los años, de la decadencia incontenible y la cercanía de la muerte, la encontré antes en Discépolo que en cualquier filósofo que haya estudiado hasta cierta altura de la carrera en Viamonte 430, donde, según una dedicatoria de Ernesto Laclau, si no recuerdo mal, "empezó todo".

FIERA VENGANZA LA DEL TIEMPO

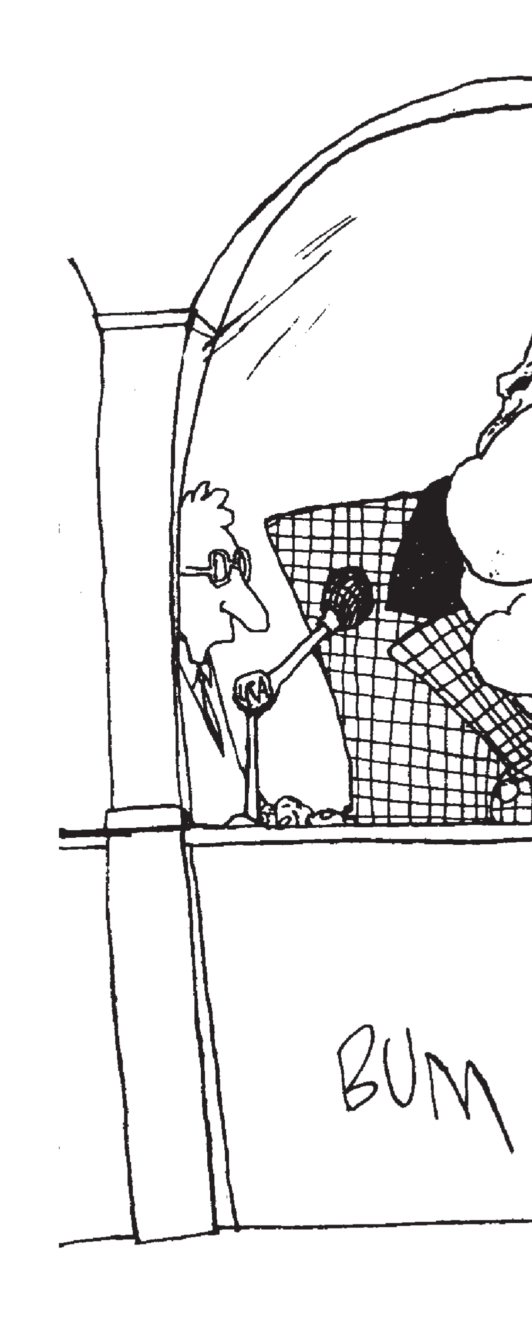
Tal vez deba aclarar que meternos con Discépolo es una tarea imprescindible en un estudio sobre el peronismo. Porque habrá que ver cómo este vate sombrío, este cantor de los más terribles desengaños, este poeta del fango del arrabal, se enamoró del portland de las casitas peronistas, de los días soleados que el movimiento reclamaba como propios ("un día peronista") y del "chamamé de la buena digestión". Ni Discépolo fue Heidegger, ni Perón fue Hitler. Pero no puedo evitar la comparación. El sombrío Heidegger de *Ser y tiempo*, el filósofo de la República de Weimar, encuentra en el nacionalsocialismo la solución del problema entre el hombre y la técnica, que la Modernidad había inaugurado con Descartes. También encuentra su día sin nubes. Hay una esperanza y él habrá de adherir a ella. No hace mucho, un serio, profundo pensador argentino me decía que Heidegger había sido sólo "otro boludo" que se había prendido a uno de esos tentadores tranvías de la historia. Fue su ruina. O, al menos, sus adherentes tienen que vivir defendiéndolo. Discépolo también se prendió a "uno de esos tentadores tranvías de la historia". Más cómodo le habría sido seguir hablando de los amores imposibles, de las manos que no se extienden, de los que ven que a su lado se prueban las pilchas que está por dejar. Se permitió la exaltación, la vehemencia, la alegría. Acompañó la alegría del pueblo pobre. Es una de las caras más fascinantes de la gran novela peronista.

Esta noche me emborracho (1928) plantea el paso del tiempo como destrucción de los sueños. Y el tiempo como camino ineludible hacia la muerte a través de la decadencia física, que expresa también la muerte del amor. El tipo ve a su "dulce metedura", a la mujer que lo volvió loco diez años atrás, salir de un cabaret. La ve hecha "un cascajo". Un cascajo, para mayor desdicha, patético, ridículo. La ve "chueca, vestida de pebeta, teñida y coqueteando su desnudez". La ve como "un gallo desplumao". La ve con "el cuero picoteao". Raja "pa'no llorar". Recuerda las cosas que hizo por ella. Porque ella era hermosa. Lo era diez años atrás. El tipo se "chifló por su belleza". Entra, entonces, el tema recurrente de la madre. La máxima deshonra es haberle quitado "el pan a la vieja". Aquí radica el mayor dolor. Le hizo pasar hambre a la vieja para darle a este cascajo lo que sus caprichos pedían. Pero es la estrofa final la que revela lo que podríamos llamar "el revés de la trama". Lo no dicho en el poema. El tipo dice: "Fiera venganza la del tiempo/ que nos hace ver deshecho/ lo que uno amó". Sin embargo, ¿sólo en ella ve la fiera venganza del tiempo? ¿Y si la imagen de la mina vencida lo remite a sí mismo? Él, ¿cómo está, cómo se ve, es o no es otro cascajo? La fiereza del tiempo los tiene que haber atrapado a los dos. Acaso el terror del tipo es haber visto en ella lo que no quería ver en él. Que el tiempo pasa, destruye, se venga. ¿De qué se venga el tiempo? De lo que uno amó. Es como si el tiempo disfrutara destrozando lo que uno se permitió amar porque no se está en el mundo para amar o porque el amor es imposible. Quien se atrevió a hacerlo verá destruido su sueño. "Este encuentro me ha hecho tanto mal/ que si lo pienso más/ termino envenenao". El encuentro es un encuentro-espejo. Ve en ella lo que también es él. ¿Qué hace él, solo, porque es evidente que está solo, a la salida del cabaret, de madrugada? ¿Qué buscaba ahí? ¿Entraba o salía del cabaret? Raro que pasara de casualidad. No se anda de casualidad por esas geografías. Además, lo confiesa: "¡Mire, si no es pa'suicidarse/ que por este cachivache/ sea lo que soy...!" No sabemos qué es. Pero es muy posible que sea una ruina como ella. Que el tiempo les haya cobrado a los dos la insolencia de amarse. "Fiera venganza la del tiempo" es una de las líneas más excepcionales de Discépolo. El tiempo se venga de todo. El tiempo nos quiebra. El tiempo nos mata. El tiempo es la Muerte que nos llama. Por eso es fiero. Es feroz, encarnizado, es violento. Nada se puede hacer contra eso. "Este encuentro", dice el tipo, "me ha hecho tanto mal". ¿Cómo no lo va a trastornar ese encuentro si en él vio el sinsentido de la vida aquello en que se transforman las cosas que se amaron, que se creyeron eternas, eternamente bellas, eternamente jóvenes, como él, como el tipo? No quiere pensar más. ¿De qué sirve pensar? Pensar es envenenarse. "Si lo pienso más, termino envenenao". Sólo queda la negación, el olvido momentáneo del alcohol, que será el olvido de una noche, la esperanza de que no pase al día siguiente, que se quede atrás, en la madrugada, en ese cabaret. Quién sabe, por ahí ocurre eso. El alcohol todo lo puede. Y el poema termina proponiendo la curda, último refugio del tanguero, antesala del "cachá el bufoso y chau", el sueño, el sueño pesado, el sueño sin sueños, el de la entrega: "Esta noche me emborracho bien/ me mamo bien mamao/ pa'no pensar". Excepcional es la identificación del "pensar" con la obsesión. No hay que pensar. Pensar es torturarse. Pensar llevará a ver la verdad y verla será intolerable. El dolor supremo. Se trata de calmar ese dolor. O mejor: de sofocarlo, de tornarlo imposible. Por eso se va a emborrachar "bien". Se va a mamar "bien mamao". O sea, no como cualquier otro día, sino con una eficacia trabajada, profesional. Pondrá toda su sabiduría de curda para frenar con el alcohol todo cuanto pueda filtrarse de la realidad. Que nada entre. Que nada me obligue a pensar. Porque no quiero saber lo que sé, lo que descubrí: ese cascajo, ese gallo desplumao, ese cachivache, que hoy vi en la madrugada, a la salida del cabaret, soy yo.

Discépolo, como muchos artistas de su generación, era un apasionado lector de los novelistas rusos. Se nutre de ellos y, aunque no lo hayan leído, anticipa muchos de los temas de las filosofías de la existencia de los años cuarenta en Europa. En 1925 escribe su tango más decarnado, más negro. El que nunca pasa, el que siempre dice lo que hay que decir de cada época, algo que habla de la destrucción de toda teoría del progreso en la historia del hombre. Los tiempos, hoy, son duros. Y todavía está Discépolo para narrarlos. No en *Cambalache*, tango por el que no tengo mayor estima, sino en esa temprana reflexión nihilista que es *Qué vachaché*. "En Buenos Aires (escribe Horacio Salas) lo estrena Tita Merello en la revista *Así da gusto vivir*. Resulta un rotundo fracaso. Un nuevo intento en Montevideo tiene el mismo resultado. Recién el éxito de *Esta noche me emborracho* en 1928, en la voz de Azucena Maizani, le permite exhumar *Qué vachaché*, que se graba ese año" (Horacio Salas, *El tango*, Planeta, Buenos Aires, 1986, p. 200). Discépolo está orgulloso de este tango. Hasta se permite decir que mira "por otras ventanas el tremendo panorama de la humanidad" (*Ibid.*, p. 200). ¿Cuál era ese "tremendo panorama"? En 1925 gobernaba en Argentina el radicalismo. Hitler no había llegado al poder. Mussolini recién empezaba a mostrar las garras. Pero el mundo, al lado de lo que vendría, no ofrecía todavía un "tremendo panorama". Aquí, entonces, la sospecha: ¿no estaba en el propio Discépolo el "tremendo panorama"? ¿No era más metafísico que histórico? ¿No era más cerradamente existencial? ¿No era ese "tremendo panorama" el de su propia conciencia, atormentada por siempre? También vale otra hipótesis: el poeta se adelanta a su tiempo, ve lo que los otros no ven. O ve lo que siempre ha de estar, lo eterno en la historia.

VENDER EL ALMA, RIFAR EL CORAZÓN

No hay otro modo de entender *Qué vachaché*. Porque, en 1925, la cosa no era para tanto. Los buenos revisionistas o los historiadores peronistas dicen que Discépolo se anticipa a la descripción de la llamada Década Infame. En verdad, se anticipa a todas las épocas, dado que ese tango prenuncia poderosamente la década argentina de los noventa y el mundo mercantil, cósico del presente. ¿Qué es lo que hace falta, qué hay que hacer para sobrevivir en el universo de los humanos? Como diría Marx: hay una mercancía a la que remiten todas las otras pues la han aceptado como el equivalente de todas. Una silla no es el equivalente de todas las mercancías. Ni un tren. Ni un zapato. Estaríamos, ahí, en un sistema de trueque. Lo que establece el capitalismo es que tanto el tren, como la silla o como el zapato remitan para establecer su valor a una mercancía que habrá de representarlas a todas, expresando sus distintos valores. Esa mercancía es la mercancía *dinero*. De aquí que sea la mercancía esencial del



capitalismo. *Con el dinero uno compra cualquier cosa*. Una silla la podrá canjear por una mesa o por un sillón. El dinero puede entregarnos lo que se nos antoje, si es que lo tenemos en cantidad suficiente. De aquí que haya que tener *mucho dinero para poder tener muchas cosas*. Si la puerta a la conquista de las cosas (y el capitalismo es un sistema de cosas) es el dinero, todo radica entonces en tenerlo en cantidades suficientes como para que nada nos esté vedado. "Lo que hace falta (escribe Discépolo) es empacar mucha moneda/ vender el alma, rifar el corazón/ tirar la poca decencia que te queda/ plata, plata y plata... plata otra vez.../ Así es posible que morfés todos los días/ tengas amigos, casa, nombre... lo que quieras vos./ El verdadero amor se ahogó en la sopa,/ la panza es reina y el dinero Dios". Hay pocos textos que definan la pragmática capitalista como éste de Discépolo. No era un desesperado. No era un pesimista. Acaso hoy lo comprendamos mejor que nunca. Hoy, cuando *no hay nada más* que capitalismo. Cuando el mundo se ha transformado en un campo de guerra. Cuando la potencia capitalista más poderosa de la Tierra anuncia que buscará lo que necesite ahí donde esté. Cuando no sólo no hay ideales, no hay ideas. Cuando la política desapareció ahogada por los arreglos entre aparatos. Cuando un tipo que está aquí, mañana está allá y pasado mañana volvió a cambiar. ¿Qué quiere decir esto? Simple: no hay ideas, hay intereses. *La verdadera política se ahogó en la sopa*. En cuanto a las aristas morales de este mundo de intereses, Discépolo es bien claro. Sus consejos valen oro: tenés que vender el alma, rifar el corazón, tirar la poca decencia que te queda. Si hacés eso, triunfás. Si no, te pisan. Te pasan por encima. Sos "un gilito embanderado". A este personaje se dirige Discépolo. A un "gilito embanderado", un pobre tipo que todavía cree en algunas causas, en algunas banderas. No hay causas, no hay banderas. Sólo hay guita. Si sólo hay guita, ¿dónde está la verdad? Eso que decíamos "tener razón". Fulano tiene razón porque Fulano tiene la verdad. O al revés: Fulano está en lo cierto, tiene razón. Había algo, en los hechos, que permitía establecer una verdad. Tenía razón el que podía demostrar que él había actuado bien y el otro mal. Pero eso podía ocurrir porque existían en el mundo el Bien y el Mal. No existen más. Lo que existe es el dinero. Por eso: *"La razón la tiene el de más guita"*. Porque a "la honradez la venden al contado".

Y las dos líneas que siguen son las más descarnadas del poema. No sé cuántos poetas de nuestro país o de otros han llegado a una síntesis más poderosa de la relación entre moral y dinero. Al ser el capitalismo el sistema de, justamente, el capital, es el sistema del dinero. La ética que intentó establecer desde sus orígenes, desde Adam Smith, fue la del egoísmo. Si triunfó, triunfa y seguirá triunfando hasta que posiblemente se destruya destruyéndolo todo es porque expresa lo más sombrío del hombre, que es su verdad. Todos los otros sueños que buscaron realizarse terminaron entronando otra versión del capitalismo. El capitalismo expresa lo que el hombre es y no se hace ilusiones sobre eso. El dinero es su razón y la razón es dinero. La verdad, como sobradamente lo demostró Foucault, es la verdad del poder. Y el poder se relaciona con la posesión del dinero. Discépolo sabía todo esto cuando escribió: *"No hay ninguna verdad que se resista/ frente a dos mangos moneda nacional"*.

¿A dónde voy con todo esto? Clarísimo: Discépolo es uno de los más distinguidos peronistas y es uno de nuestros más grandes poetas. Como todo está olvidado, como nada se recuerda, me permito repasar algunos de sus temas. Y vendrá el contraste. *Porque las charlas de "Mordisquito" son impensables desde "Qué vachaché"*. Sigamos con el poeta de la desesperanza. *Yira yira* postula, no ya que la verdad la tiene el de más guita, sino que "todo es mentira". Pero por el mismo motivo. No creas en nada. Todo es mentira porque el que te dice que tiene razón la tiene porque la compró, compró la razón, compró la verdad. *Todo es mentira*. Niega toda posible solidaridad: *"No esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor"*. En *Tres esperanzas* llega a otra de sus cimas. Un hombre desesperado, un hombre que no entiende el mundo en que vive o uno que, simplemente, no aguanta más, siempre se sorprende de un hecho. Él está destruido, no puede más. Llega, por fin, el momento en que se dice: *"Cachá el bufoso y chau... ¡vamo a dormir!"*. Sin embargo, hasta llegar a ese momento, momento al que se llega con enorme dolor, con miedo, hay algo que le resulta asombroso: todo sigue igual, todo sigue su rumbo, él se puede pegar un tiro mañana y nada habrá de ocurrir. *"Pa' qué seguir así, padeciendo a lo fakir, / si el mundo sigue igual... Si el sol vuelve a salir."* Sólo un tipo con un fuerte metejón con la angustia, con la desesperación plena, con el dolor, escribe algo así: que "el sol vuelve a salir". Que todo va a seguir igual. Que su sufrimiento infinito es nada en la inmensidad del todo. Que es sólo infinito para él. Pero sólo eso. Cachá el bufoso y chau, hacé lo que quieras, matate... no por eso va a dejar de salir el sol.

Una vez, a partir de cierto día, un día en que el sol volvió a salir, este gran poeta metafísico sintió que también salía para él. Era increíble, pero le nacía algo por completo desconocido: la esperanza. Habría de transformarse en un "gilito embanderado". En un tipo que se había "piyao la vida en serio".



EL COMPROMISO POLÍTICO

Algo que ha perjudicado a Discépolo ha sido cierto empecinamiento de los peronistas por hacer de él el Borges del peronismo. "Los gorilas tienen a Borges, nosotros tenemos a Discépolo." Y peor todavía. Lo que más disminuye todo es que han aportado razones. Discépolo sería el "poeta de la calle". El "poeta del pueblo". Y Borges, "el ajedrecista". El tipo frío. Al que "le falta calle". Estos disparates han perjudicado a Discépolo. No a Borges. Borges goza de una consagración universal que no se verá deteriorada porque varios o muchos peronistas rencorosos, ultrapopulistas, le arrojen piedritas pueriles. Que un escritor tenga o no tenga calle no es la medida de su grandeza. Además "tener calle" es una expresión literariamente lamentable. ¿Qué significa? ¿Hay que recorrer calles para escribir? ¿Hay que vivir la vida intensamente? ¿Hay que salir de la Biblioteca de Babel? Pavadas. Borges, además, es un escritor hondamente argentino. Ha escrito sobre gauchos, sobre malevos, sobre el tango, sobre el *Martín Fierro* sobre el *Facundo*. Se podrá o no estar de acuerdo. Pero si uno recuerda que se le decía en los sesenta y los setenta (sobre todo en un librito de Jorge Abelardo Ramos sobre literatura argentina) "el escritor angloargentino", hará bien en señalar que todo eso es un dislate. Borges y Discépolo no tienen por qué oponerse. Hay cosas que uno encuentra en Borges y no en Discépolo y viceversa. Es cierto, además, que uno era un letrista de tangos y el otro un hombre de la más alta literatura, uno de los más grandes estilistas del siglo pasado. Porque por más que Barthes hable de la "muerte del autor" (siguiendo a Foucault y su "muerte del hombre"). Y por más que, al hablar de la muerte del autor y del "grado cero de la escritura", una escritura sin marcas, sin señales del sujeto, que es lo que el posestructuralismo vino a negar, niegue la posibilidad del estilo, lo siento, señores, *Borges es la apoteosis del estilo*. Y bien orgulloso estaba de serlo. Y nosotros de reconocerle ese estilo y de embriagarnos con él, pese a los adverbios repetidos y al exceso de adjetivos.

De modo que no perdamos tiempo. Discépolo no es una herramienta para demostrarles a los gorilas que los peronistas tienen escritores. Borges, además, no es el escritor de los gorilas, aunque él lo haya sido y de un modo, para mí al menos, bastante tonto y, por eso mismo, irritante y hasta penoso. Borges es un escritor plenamente argentino. Tramado por la historia de su país. No es de los gorilas. Es de todos. Porque su literatura, además, salvo en algunos notorios momentos, no es gorila o no gorila. Es tan metafísica como la de Discépolo. Más cercana a lo fantástico. A un juego en que la erudición se unía a los pliegues de la realidad, a una concepción personal del mundo, de un mundo que podía centrarse en un solo punto, el Aleph. En fin, lo mejor que he dicho sobre Borges lo dije en un guión de cine del que estoy muy satisfecho pero que nadie vio. O dijeron que les gustaba el guión pero no la película. La película se llama *El amor y el espanto* y creo que es un valioso aporte a los enormes materiales que se le han destinado a Georgie. Un aporte más, en todo caso. Pero hecho desde el cine y con un trabajo formidable de Miguel Ángel Solá. Si la quieren ver, tal vez descubran algo que una crítica demasiado centrada en ese momento en la exaltación del "nuevo realismo argentino" les obliteró.

Discépolo encuentra la luz del mediodía, su militancia, en la campaña del peronismo para las elecciones de 1951. Se acabó el metafísico oscuro. El hombre que no creía en nada. El tipo que decía "la razón la tiene el de más guita". No, porque la guita la tenía la oligarquía, y no tenía la razón. El peronismo venía a discutírsela. Y él lo iba a decir. Ya lo saben: con el verso no le ganaba nadie. Apold le pide que le ponga el hombre a la campaña peronista. Al fin de la misma, Perón habrá de decir: "Gracias al voto de las mujeres y a 'Mordisquito' ganamos las elecciones de 1951". Aquí tenemos al vate, al tipo de Buenos Aires, al flaco loco, genial, creativo. Al tipo que no se iba a andar con caricias. Que iba a golpear fuerte. No sabía que eso le costaría la vida. Lo llevaría a una muerte solitaria, dolorosa. Pero no nos adelantemos. Ahora se planta frente al micrófono y –sin que nadie pueda responderle desde ninguna otra radio, porque así el peronismo, era autoritario a rabiar– empieza a decir verdades incuestionables y que nos servirán para ver cómo un tipo como Discépolo visualizaba con honestidad y con una gracia inigualable las conquistas que se habían derramado sobre el país desde el 17 de octubre de 1945. Discépolo era flaquito, no era un tipo como para agarrarse a las piñas con nadie. "Pero, ¡discutir! ¡Claro que vamos a discutir!" Aclaro: la edición que tengo es la primera que salió. Reúne las primeras charlas de Discepolín y no tiene pie de imprenta ni el sello de la Secretaría de Prensa y Difusión que era, sin duda, la que lo había editado. O sea, el siniestro Apold. Figura nefasta, desagradable, tachadora, fanática, que el peronismo sostuvo sin vacilaciones, encontrando en él, a no dudarlo, un elemento valioso, necesario. Un Gobierno que tiene un Apold no puede ser democrático. Salvo que se diga, como en los setenta, que el peronismo era democrático porque expresaba al pueblo. Pero esto es muy discutible. Porque los socialistas, los radicales y hasta los conservadores eran el pueblo. Y los comunistas, a quienes tanta alergia les tuvo el peronismo, también. La oligarquía era la clase golpista de siempre, aliada a lo más reaccionario del Ejército esperando el momento de asestar el golpe. De democrática nunca tuvo nada. También es cierto que muchos políticos golpeaban "las puertas de los cuarteles". También es cierto que el peronismo los encarcelaba. Y a algunos los torturaba. Nada es sencillo en esa historia. Pero para Discépolo todo estaba claro. Se inventó un personaje para discutir con él. Era "Mordisquito". Era el típico "contrera". Discépolo le decía que antes los pibes "miraban la nata por turno" y ahora "pueden irse a la escuela con la vaca

puesta". Si el contrera se quejaba por algunos problemas de desabastecimiento, por ejemplo, el queso, Discepolín decía: "'¡No hay queso! ¡Mirá qué problema!' '¿Me vas a decir que no es un problema?' Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez... y vos no decías ni medio". Y luego esa concepción de la guerra hecha por cincuenta tipos en tanto los demás duermen tranquilos porque tienen trabajo y encuentran respeto. Insiste: "Cuando las colas se formaban no para tomar el ómnibus o comprar un pollo o depositar en la caja de ahorro, como ahora, sino para pedir angustiosamente un pedazo de carne en aquella vergonzante 'olla popular' (...) entonces vos veías pasar el desfile de los desesperados y no se te movía un pelo". Y todas las charlas terminaban con un: "¡No, a mí no me la vas a contar!" Y seguía, y era implacable, y tenía razón, no decía mentiras, decía verdades, cosas ciertas, verdaderas conquistas: "Y yo levanto una lámpara, sabés; la levanto para iluminar las calles de mi patria... ¡y mostrarte una evidencia que no está! Los mendigos, ¿están? ¿Vos ves los mendigos?". Habla de una correntada de dignidad, de bienestar que se llevó a los mendigos. Y esa correntada se los llevó para bañarlos y traerlos de nuevo, limpitos, con la raya al medio "cantando, no el huainito de la limosna, sino el chamamé de la buena digestión (...) ¿Dónde están los mendigos?". Y sigue: "El mendigo era en este país una vergonzosa institución nacional (...) Y los pobres se te aparecían en los atrios de las iglesias, en las escaleras de los subtes, en la puerta de tu propia casa, famélicos y decepcionados (...) con la dignidad en derrota (...) Ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve". Frase de un notable talento, de una gracia discepoliana, sólo él podía decirla. Y sigue: "Acordate cuando volvías a tu casa, de madrugada, y descubrías en los umbrales, amontonados contra sí mismos, a los pordioseros de tu Buenos Aires". Y un cierre perfecto, penetrante, sentimental pero fuerte y poderoso: "Ahora la exclusividad de los umbrales han vuelto a tenerla los novios". Y esa frase candorosa, pero que expresaba lo que sentían millones de pobres que habían encontrado en el peronismo lo que el vate decía: *"Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos"*. Recuerda al Discépolo del pasado: "Yo era un hombre entristecido por los otros hombres". Habla de una patria dirigida por tenedores de libros que hablan en todos los idiomas menos en el nuestro. "Pensá en esa misma patria ahora contabilizada con números criollos." Y sigue: "Porque vos sos opositor, pero ¿opositor a qué? ¿Opositor por qué? La inmensa mayoría vive feliz y despreocupada... y vos te quejás. La inmensa mayoría disfruta de una preciosa alegría, ¡y vos estás triste!". Y hasta llegar a querer olvidar "el barrio de tango". Sí, basta de "la esquina del herrero barro y pampa". Basta de barro. Se acabó ese tango de la pobreza. "Yo me meto en el barrio, corazón adentro, y, después de recorrerlo, te pregunto: ¿está el conventillo? Y no, no está. Yo no quería encontrar más el conventillo y no lo encuentro. ¿Cómo? ¿Que a vos te gustaba más aquello? No. El suburbio de antes era lindo para leerlo, pero no para vivirlo. Porque a mí no me vas a decir que preferías el charco a la vereda prolija... *Y que te resultaba más entretenido el barro que el portland*". Se acabó el conventillo: "Un mundo donde el tacho era un trofeo y la rata un animal doméstico". Y antes: "Acaso en el momento de la letra de tango hablemos literariamente del catre, pero llega el momento del descanso y cerramos el catre y dormimos en la cama". Y sigue: "Porque la nueva conciencia argentina pensó una cosa. ¿Sabés qué cosa? Pensó que los humildes también tenían derecho a vivir en una casa limpia y tranquila, no en la promiscuidad de un conventillo que transpiraba... ¡indignidad!" Y voy a concluir citando un texto descomunal, de una conciencia humanitaria, de un fervor por lo que hoy llamamos "derechos humanos" que asombra. Quizá no sea una gran frase. De hecho, es breve. No dice mucho. Sólo se trata de saber leerla. De pensarla. Detenerse en ella. Habla del hambre. ¿Cuánta gente padece o se muere de hambre en el terrible mundo de hoy? Discépolo, muy sencillamente, dijo: "Y como todo el drama del mundo empieza en el hambre, supongamos que toda la felicidad del mundo empieza en la abundancia".

DISCÉPOLO Y EVITA DIALOGAN

Como vemos, en sus charlas no mencionaba ni a Perón ni a Evita. Sólo en la última menciona a Perón. Estaba muy solo y preocupado. El odio gorila no le perdonó nada. Lo mataron. Es cierto que no tuvo quién le respondiera. Pero no dijo mentiras. Podría haber dicho que había persecución a los opositores. Autoritarismo. Que se había cerrado *La Prensa*. Pero creo que eso le importaba poco. *Que veía en la oposición a ese peronismo de estómagos llenos, del chamamé de la buena digestión, al viejo país de la oligarquía mentirosa, represiva, fraudulenta y antipopular*. Igual, lo mataron.

En el film *Eva Perón*, con Esther Goris y Víctor Laplace, dirigido por Juan Carlos Desanzo, escribí un encuentro ficcional entre Evita, en la cama, moribunda, y Discépolo, también moribundo, ya que moriría antes que ella, en 1951, destrozado por los ataques de sus enemigos.

Evita: Bueno, ¿y qué te pasa? Hasta al miserable de Apold lo tenés preocupado. Me llama por teléfono: "Discépolo no da más. Véalo un rato. Ayúdelo" ¿Qué te pasa, Arlequín.

Discépolo: Perdí a todos mis amigos, señora. Estoy más solo que un perro. Tengo enemigos. Me llaman por teléfono a las tres, a las cuatro de la mañana. Me amenazan.

Evita: Qué más.

Discépolo: Esto.

De un pequeño maletín saca unos pedazos de varios discos de pasta. Son discos destrozados.

Discépolo: Son los discos de mis tangos, señora. Me los mandan así, destrozados. Me mandan cartas injuriosas. Y ahora... el que está destrozado soy yo.

Evita: ¿Y qué esperabas? ¿Flores? Los atacaste, te odian. Son así. No perdonan. Y odiar, saben odiar mejor que nadie. Te lo aseguro.

Discépolo: Pero hay algo en lo que tienen razón, señora.

Evita (casi indignada): ¿En qué?

Discépolo: Yo tuve la radio. Yo pude hablar. Ellos no. No pudieron responder. Apold no les dio un solo espacio. Y usted lo dijo, lo acaba de decir: Apold es un miserable. Y yo me dejé manejar por él.

Evita: Y sí, es un miserable. Pero una revolución no se hace sólo con ángeles como vos. También se hace con miserables. *(Pausa.)* Oíme, Arlequín: es muy simple: o hablan ellos o hablamos nosotros. Apold es un canalla, pero nadie como él para impedir que los contreras hablen. Lleva en el alma la pasión de silenciar a los otros.

Discépolo: Entonces me equivoqué, señora. La democracia...

Evita: Mirá, no me pongas de malhumor. La democracia somos nosotros, los que estamos con el pueblo. Los demás son la antipatria. *(Pausa.)* Oíme, Discepolín, no te voy a mentir ahora. Mirate, mirame. Los dos nos estamos muriendo. ¿Cuánto pesás?

Discépolo: No sé. Pero las inyecciones... ya me las tienen que dar en el sobretodo.

Evita (muy convencida, muy firme): Enterate, Discépolo: esto es una guerra. Y una guerra no se gana con buenos modales. *(Parodiando)* "Vengan, señores. Usen las radios. Digan las mentiras de la oligarquía, las mentiras del antipueblo, las canalladas." ¡No! ¡Ustedes se callan, señores! Mientras yo pueda impedirlo ustedes no hablan más. *(Pausa.)* Decime, ¿qué pensás que van a hacer con nosotros si nos echan del Gobierno? Pensás... ¿que van a ser democráticos, comprensivos, educados? Nos van a perseguir, a torturar, a prohibir... a fusilar. Ni el nombre nos van a dejar, arlequín. *(Pausa.)* Andá y morite en paz. No te equivocaste. Las cosas son así. Algunos lo pueden tolerar. Otros no.

Discépolo: Pero las cosas... no tendrían que ser así, señora.

Evita (chasquea la lengua, fastidiada): No me vengas con mariconadas de poeta.

(*Nota:* José Pablo Feinmann, *Dos destinos sudamericanos, Eva Perón, Ernesto Che Guevara*, Editorial Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 122-123. Hay más reciente y accesible edición de bolsillo.)

¡Pobre Discépolo si no llegaba a morirse cuando se murió, temprano, dolorosamente, pero a tiempo! No habría podido trabajar ni de acomodador ni de boletero. Eso, ni lo duden. La venganza de los "libertadores" no perdonó nada. Sin duda, el peronismo fue duro en sus prohibiciones. Muy duro y ahí estaba la mano jacobina de Evita. Pero nadie puede decir en esta tierra que el peronismo inventó las prohibiciones. La oligarquía vivió prohibiendo, excluyendo, haciendo elecciones fraudulentas. ¿O no eran prohibiciones los fraudes de la Concordancia? Así se hizo el país. Pero la Libertadora repugna por su cinismo. En un corto de la época aparecía un locutor de entonces, Carlos D'Agostino, esos tipos que se agarran a un momento histórico y dicen "ésta es la mía". Carlitos D'Agostino hacía lo siguiente. Se oían muchas voces de la calle. Y él, muy sonriente, fingía taparse los oídos. Luego retiraba sus manos de ahí y feliz decía: "No, ¡si es el ruido de la democracia! ¡Hoy, todos hablan, todos opinan, porque vivimos en libertad!" Qué descaro. Perón no prohibió a ningún partido. Subió al gobierno en elecciones libres. Y los "democráticos", los "libertadores" prohibieron al partido mayoritario en nombre... ¡de la democracia! Y todo se veía muy lógico en ese entonces. Los vieran a los radicales, a los socialistas, a los democrataprogresistas. ¡Todos de acuerdo! El patriarca del socialismo, don Alfredo Palacios, a quien vi dar una conferencia en Necochea, ¡de acuerdo! Habló todo el tiempo de la libertad. Y hasta recitó un poema que la exaltaba. Había que prohibir al peronismo. ¡Era un peligro para la democracia! Canallas, pequeños, miserables hombrecitos, el peligro para la democracia era precisamente el contrario: era prohibir al peronismo. Pero si no lo prohibían el peronismo volvía. Porque la paradoja era que habían expulsado del poder al partido que tenía el abrumador apoyo del pueblo. Ahí empezó la tragedia argentina. Ahí, la necedad gorila decretó la muerte de Aramburu. La historia tiene sus persistencias. Los hechos no se desvanecen en el momento en que surgen. Quedan. Perseveran. Y un día aparece un jovencito con un revólver y le dice a Aramburu que lo va a matar porque asesinó al general Valle. Palabra *(asesinato)* que Valle utiliza en su Carta y con la que sella el destino de Aramburu. La tragedia argentina viene de lejos, es compleja, opaca, difícil de entender, y trágica. Parte de esa tragedia fue haberse devorado a Enrique Santos Discépolo, notable, puro, acaso ingenuo poeta argentino. Orestes Caviglia, que había sufrido lo suyo, lo escupió en plena calle. Arturo García Bhur, actor (oli)garca, que haría una torpe película propagandística de la Libertadora, de la que hablaremos, lo insultó. Le llegaban infinidad de anónimos agraviantes. (*Nota:* Consultar la excelente biografía de Sergio Pujol, *Discépolo*, Emecé, Buenos Aires, 1996.) Enrique era un flaco sensible, frágil, charlatán, jodón, pero chiquito y pura sensibilidad. No pudo aguantarlo, lo liquidaron en unos pocos meses. Quienes le enviaban los discos despedazados eran sin duda quienes luego integrarían los "comandos civiles", niños de la oligarquía, de la alta clase media. Balbín, en un acto de campaña, lo definió como a un "mantenido del peronismo". Le llegaban paquetes con excrementos. Entró en un profundo cuadro depresivo, llegó a pesar treinta y siete kilos. "Buenos Aires es una hermosa ciudad (dijo), para salir de gira." El 23 de diciembre de 1951 se murió. No todos lo odiaban. Aníbal Troilo llegó al sepelio y lloró, desesperado, largamente sobre el cuerpo del poeta. Se dice que llegó una ofrenda floral de Evita que decía: "Hasta pronto". Homero Manzi –desde un sanatorio en que se moría de cáncer– le dedicó unos versos a los que Aníbal Troilo les puso música. Así nació el tango *Discepolín*. Que terminaba diciendo: "Vamos que todo duele, ¡viejo Discepolín!" El poeta de la desesperación, cuando creyó, lo hizo con tanta vehemencia como cuando decía que creer en Dios era dar ventaja, no aduló a nadie, no nombró a Perón ni a Evita, sólo en la charla final hay una mención a Perón, sólo ahí, lo que dijo fue lo que alegraba su corazón: la dignidad de los pobres, las casitas de ladrillos, el portland, las vacaciones, el pleno empleo. Se equivocó porque tal vez debió exigir que le pusieran a alguien que le respondiera. Difícil saber si eso hubiera amainado el odio que se lo comió. Después del '55, a tipos infinitamente menos talentosos que Discépolo, no hubo nadie para responderles, ni siquiera un perro que les ladrara un poco.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón